

Inmigración, multiculturalidad y xenofobia

Javier Maestro Backsbacka

Los contextos de las migraciones humanas

Los movimientos migratorios han estado presentes a lo largo de toda la historia de la humanidad, pero su intensidad y recorrido han estado muy relacionados al crecimiento vegetativo, los medios de transporte disponibles y la resistencia que ofrecían los accidentes geográficos. Tales desplazamientos iban, por regla, acompañados de conflictos y guerras de aniquilación, sometimiento a esclavitud o servidumbre o —en el mejor de los casos— opresión, explotación, discriminación o exclusión de unas poblaciones por otras. Raros eran los casos en que se podía hablar de convivencia pacífica. Pero también se producían mezclas, integración y coexistencia, según las necesidades. Nos referimos a miles de años de historia donde la conquista y control de tierras fértiles y agua para la supervivencia de grandes colectivos era el origen de tales movimientos migratorios. Y estos eran en ocasiones extremadamente impredecibles, sobre todo en períodos de cambios climáticos (glaciaciones, sequías, etc.).

La diferencia fundamental entre el presente y el pasado no tiene exclusivamente como línea de demarcación la globalización, sino el hecho de que ni el clima y ni la geografía son ya factores tan determinantes para explicar los flujos migratorios. Montesquieu —conocido por sus ideas acerca del determinismo geográfico y climático— decía también que cuanto más desarrolladas fueran las sociedades, o lo que es lo mismo, cuantas menos personas se dedicaran al sector agrario, menor sería el condicionamiento climático y geográfico. Si trasladamos al presente esta idea comprobamos que la actual división Norte-Sur ilustra perfectamente la pervivencia de dos modelos de sociedad, dependientes entre sí pero profundamente diferenciados entre un

hemisferio y otro, e incluso dentro de cada hemisferio. Un modelo está determinado por el clima y la agricultura, lo que no es el caso para las sociedades postindustriales.

Generalmente nos guiamos por diferenciales de renta para constatar tal división, los cuales dan lugar a niveles de desarrollo humano muy dispares que generan lo que vulgarmente se denomina el “efecto llamada” o el “efecto salida”, según se mire. Además, estos diferenciales de renta, lejos de disminuir, aumentan en términos relativos, convirtiéndose, como sabemos, en un cliché mental. Sin embargo, los 191 millones de emigrantes de 2005 lo eran por situaciones intolerables de privación y pobreza. En efecto, 1.300 millones de personas viven hoy con menos de un dólar diario y más de la mitad de la población mundial, con menos de dos dólares. El propio Banco Mundial —*Informe sobre el Desarrollo Mundial* (2003)— indicaba que el ingreso promedio de los 20 países más ricos del mundo era 37 veces superior al de los países más pobres, es decir, el diferencial se ha duplicado en los últimos 40 años. Visto desde la perspectiva de los países subdesarrollados, los datos implican falta de solidaridad, falta de interés en promover el desarrollo de esos países, relegados así a ser una inagotable reserva de fuerza de trabajo barata y proveedora de materias primas cuyos precios se fijan tendencialmente a la baja, derivado, por ejemplo, de las escandalosas subvenciones que Norteamérica o la UE prodiga a sus propios agricultores.

Dos países asiáticos —China y la India— representan 2.400 millones de habitantes, casi la mitad de los 6.500 millones de habitantes del mundo; África arroja hoy 813 millones de habitantes, cifra que quedará duplicada en veinte años. Pero la diferencia entre ambas cifras es que, mientras China y la India han experimentado recientemente un brutal éxodo rural para instalar en sus propios países a miles de millones de sus habitantes en



La noción de transculturalidad, en cambio, refleja mejor la diferenciación interna y la complejidad de las culturas contemporáneas, pues estas funcionan como una red en constante interconexión

centros de producción que sustentan la economía globalizada, el continente africano, en particular la región subsahariana, no encuentra otra alternativa que el éxodo del continente.

Malthus había pronosticado en los albores de la revolución industrial que se iban a producir hambrunas. Esos negros augurios, de creciente falta de alimentos para una desbordante explosión demográfica, no se cumplieron gracias a importantes avances científicos y tecnológicos. Pero, de nuevo, si trasladamos esta idea incumplida en el siglo XIX al presente siglo XXI, pocas personas la tildarían de absurda o errónea. Disponemos ciertamente de medios suficientes para que no sea así, pero falta la voluntad suficiente para alcanzar aquello que podríamos llamar “justicia global” o “sostenibilidad global”.



Se trata de interculturales dentro de sociedades supuestamente homogéneas, pero manteniendo islotes culturales separados entre sí

¿Hacia dónde vamos: sociedades monoculturales, interculturales, multiculturales o transculturales?

Los países de acogida, situados tras los tres grandes muros fronterizos de Río Grande, el Mediterráneo y el Danubio, parten de supuestas monoculturas nacionales, incluso EE.UU., país de referencia al hablar de sociedad multicultural. La monocultura está directamente asociada al concepto de “cultura nacional”, depositada, según Herder, en la singularidad del “pueblo” que comparte territorio, idioma, etnia, historia y valores comunes. La monocultura unifica lo que a buen seguro nunca fue tan homogéneo, establece una separación entre “nosotros” y “ellos”. Esta concepción —a pesar de que el “racismo cultural” tenga partidarios recalcitrantes— resulta hoy obsoleta no sólo

por su pasado sombrío, sino porque las actuales sociedades postindustriales son intrínsecamente multiculturales. Verticalmente, nos topamos con culturas asociadas a cada estrato social, aparte de una población adicional que carece de ese denominador común; y, horizontalmente, son visibles, entre otras, las culturas de etnia, género y las vinculadas a las opciones de sexo. Se trata de interculturales dentro de sociedades supuestamente homogéneas, pero manteniendo islotes culturales separados entre sí. El concepto de “multiculturalidad” trata de compaginar estas diversas culturas instrumentando la tolerancia y el entendimiento, pero partiendo de la premisa divisoria de coexistencia de culturas homogéneas y separadas, lo cual puede derivar en posiciones regresivas, chovinistas o fundamentalistas si se apela a una particular identidad cultural. Por ello, la idea de multicultura no tiene un largo recorrido, dado que se basa en la idea equivocada de la pervivencia de culturas homogéneas y separadas. La noción de transculturalidad, en cambio, refleja mejor la diferenciación interna y la complejidad de las culturas

contemporáneas, pues estas funcionan como una red en constante interconexión. No es casual que los nuevos movimientos sociales trasciendan fronteras y vinculación social, o que la sociedad del conocimiento esté creando nuevas identidades, eliminando barreras monoculturales, de tal modo que la línea divisoria de las culturas nacionales sea cada vez más borrosa, por no hablar de las intraculturas. La transculturalidad, según Nietzsche o Wittgenstein, es inclusiva, busca lo que une en la diversidad cultural por medio de la interacción, creando así en el futuro nómadas policulturales. La transculturalidad no implica, sin embargo, uniformidad, pues sólo transforma la diversidad. Quizás el fenómeno de la globalización lo demuestre mejor: se supone que inexorablemente lleva a la uniformidad cultural, cuando, en realidad, ha generado tantos particularismos como universalismos. Vivimos en un mundo extremadamente cambiante donde las diversas formas culturales se combinan desigualmente en un proceso transcultural global.

Y, sin embargo, existen las fronteras, las monoculturas y la xenofobia

Si el marco cultural más idóneo para integrar a la población inmigrante es la transculturalidad, no es menos cierto que la libertad para unir culturas no va aparejada con la libertad de movimiento de las personas. De hecho comprobamos aquí, en la “fortaleza Europa”, cómo se refuerzan las fronteras, cómo se regulariza a los inmigrantes en función de necesidad reconocida de mano de obra, cómo rebrotan partidos, organizaciones y grupos xenófobos en defensa de valores monoculturales, y cómo contradicen los hechos la defensa de los derechos humanos, entre ellos el derecho a la vida, a la libertad y al trabajo. Una hipocresía generalizada legitima al mundo de la opulencia. Tarde o temprano tendrá que diseñarse una ambiciosa estrategia global que vaya más allá de los Objetivos del Milenio de la ONU. Seguramente sólo será posible cuando las industrias de armamento y seguridad den paso a un mundo de libertad, creciente igualdad y progreso. Si no, sólo hemos visto la punta del iceberg del drama de la inmigración. ■